

SUCEDIÓ ASÍ



P. GARCÍA CABRERA

CUENTO



Al leer aquella mañana las bases del concurso de cuentos y poesías convocado por el Ateneo para las fiestas de septiembre, se hizo el propósito de acudir a la llamada. No le satisfizo del todo que hubieran de ser publicados en los diarios locales los trabajos que se remitiesen al certamen. Tal condición daría a los versos un énfasis que les restaría intimidad. Posiblemente, los poemas se despeñarían por la grandilocuencia. Pensó escribir un cuento, pero no se dio prisa en hacerlo. Como sobraba tiempo, esperaba a que una racha de claridad le descubriese el filón de un argumento al que sacar partido. La verdad era que la convocatoria le había encontrado en un mal momento literario. El calor le deprimía al sol y a la sombra, y únicamente se sentía en paz consigo mismo bajo el dosificado aguacero de la ducha. Después, lo que parecía mucho tiempo disponible se achicó como la boca de una mujer pensativa. Su jornada de verano se vio prolongada todas las tardes por una tarea urgente que hubo de realizar en horas extraordinarias. Cuando terminó esta labor quedaban sólo dos días para escribir el cuento, publicarlo y remitirlo a su destino.

Se dispuso a la faena en el comedor de su casa. La máquina de coser, la libreta de ejercicios de la pequeña, el cenicero de barro, el rumor de la calle, era el paisaje de que disponía. Todo aquello podía ser sugeridor. En el aire del hogar estaba flotando el polvillo dorado de sus pensamientos. ¿Qué cuento escribiría? Pensó en aquella muchacha nacida en un lugar de La Mancha, acostumbrada a las llanuras, a andar a campo traviesa por tardes y melancolías, que se lanzó en un patín, ganada de pronto por la soledad y la calma del véspero, y se perdió en el llano de las aguas, sin mirar hacía atrás para no ver los picachos que la angustiaban, llena de su liberación andariega, mientras iba evocando los rieles del tren por los campos, los trillos en las eras y el amor en el horizonte. Y cuando ya la consideraban desaparecida y su traje de paseo colgado en la caseta de baño sembró la alarma, ella desembarcaba al día siguiente de una lancha de pescadores donde había hallado refugio y pasado la noche. Pero no, ese cuento sería demasiado literario. Repasó otros temas sobre olvidos, gamberros, emigrantes. Ninguno le agradaba. Unos demasiado truculentos, muy desconsoladores. Otros demasiado rosas, que implicaban una cobardía, un deseo de agradar. Otros, acentuadamente llo-



rones, como si en la vida no existiese más que lamentaciones y descalabros. No, ningún cuento inventado le seducía.

Pensó entonces en que el cuento premiado habría de ser leído en público. Recordó que acaso en un palco estuviese aquella señora joven a la que una vez contempló enternecida mirando a un niño internado en la Casa Cuna, aunque en su pasado no hubiese ninguna tachadura. Que también podía asistir a la fiesta literaria aquel señor estraperlista que coleccionaba orquídeas en vernegales. No, nada de esto le interesaba. Ningún relato alusivo, en el que alguien pudiera sentirse tocado directamente. Acaso, cualquier espectador del paraíso tuviese el ovillo que deseaba. Tal vez allí, donde todo es una mezcla de sinrazones enhebradas en un hilo de esperanzas. Tampoco le gustaba el procedimiento. Se le vino a las mientes el jurado calificador. Cada miembro tendría su criterio de lo que es un cuento y juzgaría según sus preferencias y sin comprometerse en recomendar lo que no encajase dentro de su evangelio de conducta. No, tampoco en esa dirección se le aclaraba el camino.

Lo que él pretendía era un cuento tan elemental, tan desprovisto de retórica, tan sin importancia que todos pudieran verse en él sin extrañeza, como en un rostro familiar. Un cuento cuya acción fuera idéntica a un quehacer habitual y sin preocupaciones. Ningún cuento con una idea fija, los celos, la envidia, la venganza, que dejan a muchos fuera de su atmósfera. Sino un cuento que pudiera recoger a todos los oyentes y decirles algo así como somos hermanos, nos alienta un amor. Un cuento que fuese una isla habitada por hombres que sufren, ríen y se afanan y se llevan la mano a la frente y un vaso de vino a los labios.

Pensó también en las tres mil pesetas del premio. Podría con ellas aumentar su escasa biblioteca, sorprender a su esposa con unos pendientes, beberse una botella de whisky con los amigos, agradecerle los ojos a la pequeña con un juguete.

Por fin se decidió. Tomó un pasaje de su propia vida. Aquel en que descubrió que le quería la que hoy era su compañera. Fue bajo un bombardeo, estando él herido en un hospital. Se había quedado solo en la sala. Los demás pacientes habían corrido al refugio subterráneo. Entonces llegó ella, desafiando las bombas, el pánico, el riesgo, mientras rugían los antiaéreos, y se sentó a su lado. Vino como en alas de la muerte.

El mismo día que expiraba el plazo del concurso publicó el cuento. Tenía el sobre preparado para tan pronto saliese el periódico de la tarde, recortarlo y ponerlo en correos. Así fue. Pero cuando el jurado abrió el sobre que debía contener aquel trabajo, sin duda por la precipitación del último instante, por un lapsus irremediable, en vez de cuento se encontró una información que a grandes letras, letras como campanas de resurrección, decían: “Se salvaron los tripulantes del “Guadarrama” después de casi tres días de lucha contra los elementos.”

(“Gaceta Semanal de las Artes”, La Tarde, 1955)

